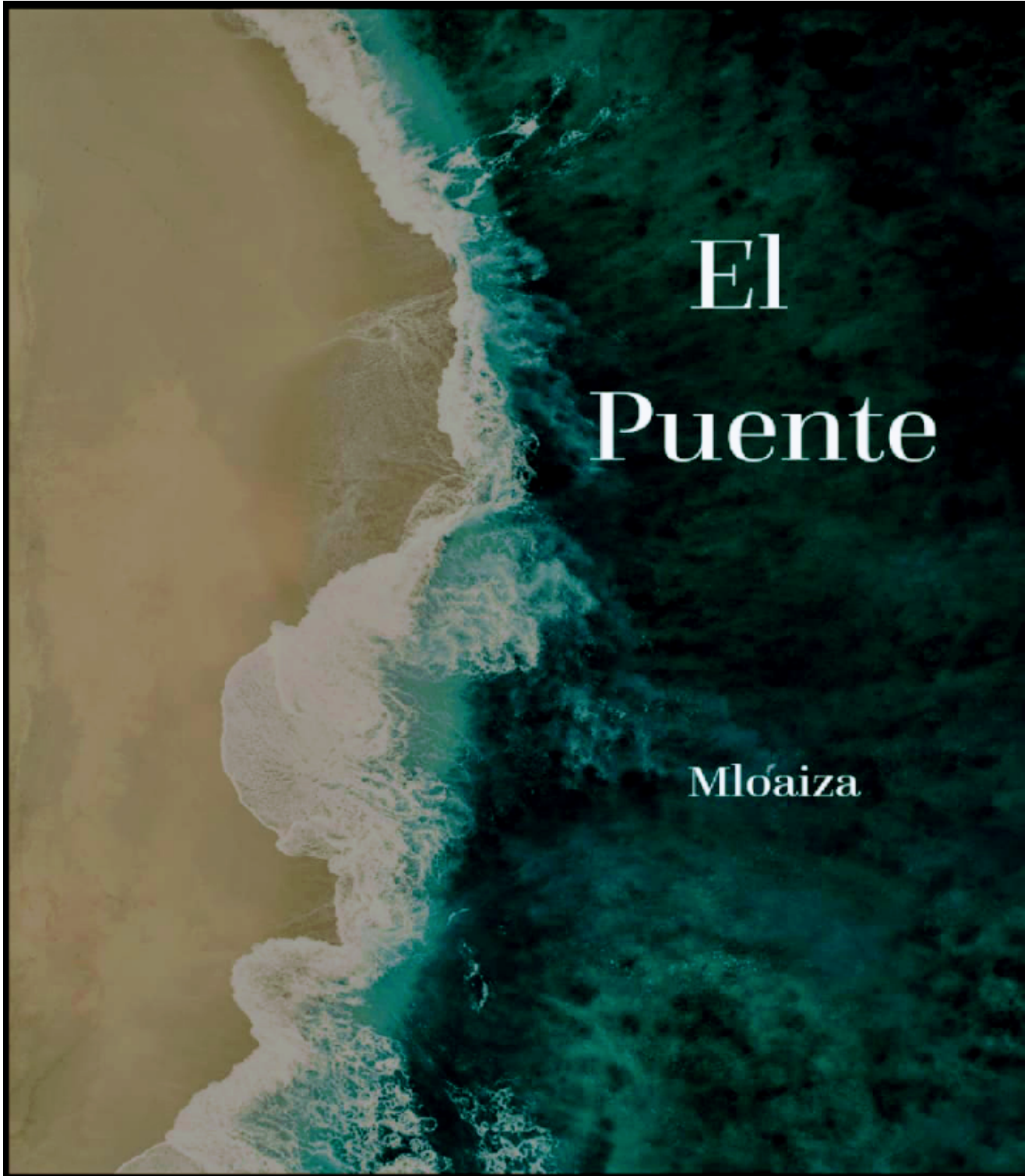


# EL PUENTE

Manuel Fernando Loaiza Vera



# Capítulo 1

## EL PUENTE

El edificio de los leones albergaba almas solitarias incapaces de vivir en comunidad, seres que como Mario, ya no podían coexistir. El lugar contaba con infinitud de habitaciones tan pequeñas como el espíritu de los que ocupaban sus noches invocando a los demonios del vicio, celdas que estaban a orillas de un largo, oscuro, solitario e interminable pasillo.

Mario era un hombre de aspecto descuidado. Demasiado peso para tan poca estatura, demasiada barba para tan pequeña cara y demasiado licor para tan pobre salud. La desagradable sudoración causada por su sobrepeso se mezclaba con el pestilente olor a cigarrillos y aguardiente característico del lugar. Las sombras que esparcía cada vez que corría para ir al trabajo, dejaban corroídas todas las paredes y enfriaban sepulcralmente el pasillo que separaba las celdas de la salida.

Esa madrugada cruzó la puerta y miró hacia arriba intentando encontrar un poco de luz en la vieja lámpara que iluminaba el callejón. El débil brillo provocó que las siluetas de los objetos se destiñeran a una velocidad alarmante; cegado por la luz, dió un paso buscando su amparo pero trastabilló y cayó de la acera. Un perro que yacía sobre el piso sufrió el impacto del robusto cuerpo y al sentir la fricción, gruñó y mordió. Instantáneamente un líquido oscuro comenzó a brotar del rechoncho brazo. Asustado, el hombre contraatacó con una fuerte y directa patada al centro de las costillas del desgarrado animal. Un chillido agónico silenció la fría noche.

Detrás del edificio había un parqueadero celado por un viejo. El decrepito empleado escuchó el lamento del perro y miró a su alrededor, caminó unos cien metros y percibió la imagen de un hombre al lado del cadáver de su amigo.

—¿Qué pasó?

—¡Que ese hijueputa perro me mordió!

—¿Qué le pasa? ¿Por qué lo mató? — Preguntó el viejo mientras veía convulsionar al animal.

—¡No ve como me volvió! —Respondió Mario enseñándole el antebrazo.

—¡Pero sí ahí no tiene nada!

¿Cómo qué no? mire la... —se miró el antebrazo y al no encontrar señal alguna de la acusación, replicó — ¡Hum! mire la hora, falta un cuarto para

las cinco, me va a dejar la balinera, en la tarde cuadramos.

El viejo lo miró. En la mitad de sendas cuencas sus ojos grises como el cielo de un día negro dejaron caer unas cuantas lágrimas por sus mejillas, la tristeza de haber perdido a un fiel amigo y tener que dejar ir al insulso asesino las hicieron brotar. La oscuridad cubrió nuevamente a Mario, quien corrió hasta doblar la esquina para ver a lo lejos las siluetas de sus compañeros, fue para hacerles compañía en el vehículo que los llevaría hasta su destino final.

Una vieja plataforma rectangular con un marco de acero oxidado era sostenida por cuatro ruedas de metal. Tablas sobrantes del molde de las columnas de una construcción eran la base del rústico vehículo. Estaban clavadas con puntillas que, para no perder la cabeza, estaban aseguradas por monedas que mitigaban las vibraciones causadas por el contacto con los rieles. A lo largo, una serie de tubos metálicos, ubicados de manera vertical, formaban una estructura para soportar la lona que servía como techo. Sobre la plataforma, dos incómodas bancas de madera, de poco más de tres metros, servían como asientos para los pasajeros de la balinera.

A Mario no le gustaba llegar tarde porque tenía que sentarse en la peligrosa punta de la banca y encima guiar la trayectoria de la balinera con una desgastada linterna. Sacrificar un poco de su atesorada comodidad por la seguridad de un pobre colectivo era inconcebible. Su vicio de llegar temprano para evitar esta situación lo había acostumbrado a no pensar en los demás y a llevar siempre una conveniente posición durante todo el viaje; además, el profesor de Lenguaje siempre tenía que lidiar con esa circunstancia porque todos los días llegaba de último al paso nivel de Las Ferias.

Sin embargo ese día la controvertida cuestión de la ubicación no le preocupaba. El fatídico asunto del perro lo tenía sumamente intranquilo. No quería que el viejo demandara una compensación, esto le pondría en ridículo ante sus compañeros y acentuaría la mala imagen que su apariencia causaba, así que se acomodó como pudo en la punta de una de las bancas. Los gestos de impaciencia paciencia de Mario pretendían hacerle ver a Adonay, el conductor de la balinera, su afán por comenzar el viaje, aun así, no se apresuró en cederle la linterna e hizo como si no se hubiese dado cuenta, además la profesora de Biología, asidua compradora de buñuelos en el kiosco ubicado al lado del paso nivel, no había abordado el vehículo.

– ¡Estamos con su tiempo! Exclamó el atormentado profesor de matemáticas.

Por fin el profesor de Lenguaje llegó y Adonay le entregó la linterna, fue a ubicarse en su sitio habitual observando con indiferencia cada una de las

puntas de la balinera y comenzó a iluminar la trayectoria.

El ruidoso vehículo salía todas las mañanas transportando a los once profesores que trabajaban en Buenavista. Madrugada tras madrugada discurrían a través de cuarenta kilómetros de inactiva carrilera antes de llegar al centro poblado. Todo el trayecto una motocicleta accionada por gasolina, impulsaba la estructura a través de parajes inhóspitos. La balinera se demoraba una hora y media, o dos cuando llovía mucho, en llegar a su destino. Durante todo el trayecto el sonido del metal obstaculizaba la comunicación entre los pasajeros.

Ni siquiera el ruido metálico de los rotores que servían de ruedas a la balinera disminuyó la angustia de Mario. Ya no era ni el difunto ni el perro, algo más lo tenía intranquilo. Los demás no se daban cuenta, dormían, chateaban, observaban, pero no lo sentían, ni a él ni a su psicosis. La experiencia cotidiana había desarrollado su miedo, ahora, ante lo desconocido. Sentía pánico ¿por qué la oscuridad? ¿Por qué siempre llueve justo antes de llegar al puente de La Juana? ¿Por qué han pasado dos meses y no he podido dormir? ¿Por qué no me siento cansado? ¿Por qué no siento? ¿Por qué el miedo?

Hurgando en su pérvida memoria la razón de sus tormentos vió un gran bulto tirado sobre los rieles, parecía un costal. El puente se aproximaba, no más de tres kilómetros los separaban, Adonay no frenaba y el bulto continuaba en medio de la carrilera. De pronto, a menos de doscientos metros de encontrarse con la pesada balinera, una delgada, casi cadavérica extremidad humana salió de un pequeño orificio que tenía el empaque, soltó el nudo del lazo rojo con que estaba atado e intentó arrastrarse lejos de los rieles.

— ¡Adonay guevón, pare!

El joven motociclista no le escuchaba, tampoco le veía, ni a él ni al aspecto catastrófico del bulto. Sobresaltado volvió a lanzar una fuerte advertencia pero de nuevo fue extrañamente ignorado, a la tercera vez intentó encender la linterna de su teléfono y dirigirla hacia los apagados ojos de Adonay para captar su atención, pero una sombra se lo arrebató eclipsando la luz. Nadie lo veía, ni a él ni al bulto. Sin embargo el incontrolable miedo causó un afán incomprensible por ayudar a lo que había dentro del costal, pensó en arrebatarse la linterna al profesor Manuel pero ya la colisión era inminente, su última reacción, cerrar los ojos y esperar la muerte.

Cinco segundos después Mario abrió los ojos, estaba parado a unos diez metros del inicio del puente de la Juana, lugar donde estaba descarrilada la balinera. Llovía a raudales y no podía ver a los ocupantes del vehículo, de pronto el timbre de su celular comenzó a sonar a la mitad del puente, lo pensó mucho antes de ir por él, pero se exasperó por el insistente ruido

y decidió recogerlo.

“Desconocido” decía en la pantalla. Contestó y escuchó una voz cavernosa que decía “des-pi-er-ta”, intentó colgar el teléfono pero el agua afectó la función del display y fue tan insistente la acción que se le cayó al abismo, luego de perder de vista el objeto algo se le posó en el hombro, muerto de miedo miró de reojo y vio un miembro violáceo, unos dedos huesudos le empujaban al abismo mientras la misma voz susurraba la recomendación. Cuando cayó, Mario despertó como si hubiese tenido una pesadilla. Estaba empapado en sudor y un olor como de aguas negras se esparcía por el dormitorio, corrió por el pasillo hasta encontrar la salida y se quedó paralizado bajo la luz de la vieja lámpara que iluminaba el callejón. En las sombras un hombre cadavérico empujaba a otro bastante robusto que yacía en el suelo mientras le decía “des-pi-er-ta”. Horrorizado corrió por toda la calle, pasó frente al parqueadero y vio la balinera llena de profesores, buscó un puesto dentro del vehículo en donde una punta vacía le esperaba para llevarlo a su destino final.